

los demás lo guiaran por sus caminos para traducir e interpretar rutas literarias, para divulgar lo que consideraba fundamental, para seguir el rastro de su consecuente ruta propia.



Era un ser auténtico, sin pretensiones, que realmente extrañaremos siempre. Se llevó la voz profunda que salía del alma, esa que hablaba pausado, que pronunciaba con precisión cada frase. Que fue en su época la voz oficial de la radio en Barranquilla y la misma que guió a Inravisión durante años. Se llevó el incansable entusiasmo, la devoción por la lectura cargada de sentido: el gran rito del hombre y el refugio del espíritu. Se llevó la calma de sus movimientos tranquilos, la paciencia maravillosa que no conoce la renuncia sino la espera incondicional, se llevó la bondad desinteresada, se llevó la vida sin prisa, se llevó la vida, se llevó la risa.

ANA MARÍA ESCALLÓN

(Tomado de: El Espectador, Bogotá, mayo 24 de 1991, pág. 3A).

## LA MUERTE DEL PATRIARCA

**Muchos años después,  
Germán Vargas reencuentra a  
Alvaro Cepeda S.**

En el balcón de su casa en Barranquilla, se podía ver todas las tardes un libro abierto balanceándose al compás de una mecedora. Después de su jornada diaria, que empezaba a las cinco de la mañana, Germán Vargas abría la puerta de la casa para dejar

que irrumpiera la brisa fresca y —con su libro de turno— se instalaba en la mecedora del balcón hasta cuando la luz del sol se iba.

Tenía 73 años de libros y cigarrillos Pielroja, de amigos y tertulias, de trabajo y familia. La guayabera blanca a duras penas le apuntaba en la cima de la barriga, y un hilo de humo siempre estaba cruzándole la cara. En ella, había empotrados —como una piedra— un par de ojos azules que tenían la virtud de poder sonreír más que la boca.

Nadie lo había visto envejecer, porque las canas en su caso, eran cuento viejo. Las tenía hace tiempos y habían congelado su aspecto en una edad indefinida. Tampoco se le conocían dolencias. Iba y venía entre Bogotá y Barranquilla, para atender asuntos que le daban el sustento y para ver a los hijos y a Valeria, su única nieta.

Cuando tenía audiencia, se sentaba sencillito en la sala de su casa a contar historias viejas del “Grupo de Barranquilla”, y se reía a carcajadas. Álvaro Cepeda (desaparecido hace años), Alfonso Fuenmayor, el viejo Ramón Vinyes y “Gabito”, pasaban por su crónica haciendo malabares literarios y vivenciales que Germán Vargas recreaba sin orgullo, con cariño. Fueron los amigos del comienzo y son los del final.

A pesar de la vida discreta que llevaba, no podía evitar el porte de patriarca. Un patriarca lento, que hablaba con parsimonia, fumaba sin tregua y se reía para sus adentros todo el tiempo. Era el mejor amigo del Nobel, tuvo cargos importantes, se movió en los altos círculos y conoció el poder. Pero cuando en su casa se terminaba de comer, don Germán se instalaba frente al lavaplatos y daba cuenta de los trastos sucios. Lo hacía por terapia.

Si algún lugar va a sentir su ausencia, es su oficina del periódico El Heraldito, en donde religiosa y diariamente hacía de la escritura un rito, y de la que se escapaba en busca de un libro para saborear en el balcón de su casa. De allí sólo se paraba cuando lo cogía el sueño, o cuando sonaba el teléfono que lo mantenía atado a Darío, Mauricio y a Eula, sus tres

hijos. Fue un hombre de una sola compañera: Sussy Linares.

Su muerte se parece a él mismo: discreta, silenciosa y solitaria. A las cinco y media de la mañana de un día cualquiera, llegó la Parca y don Germán —sin decir nada— se fue con ella.

SILVIA DÁVILA

(Tomado de: Semana (Bogotá), mayo 28 de 1991, pág. 196).

## EL HOMBRE DE LA CALLE

**Germán Vargas**

Si alguna vez existió rivalidad entre costeños y cachacos, de rectificar ese concepto se encargó una hermandad que todavía se prolonga, entre un sector extenso de gentes de las artes y la cultura que formaron un puente entre las playas del Caribe y las faldas de Monserrate.

El núcleo inicial fue el Grupo de Barranquilla, que además de cuna de celebridades y fogón intelectual costeño, era el sitio donde aterrizaban algunos cachacos dispuestos a descentralizar y oxigenar sus cerebros. Han avanzado así varias generaciones de cachacos costeñizados y de costeños cachaquizados, que han surtido las nóminas de las clases dirigentes y de un liderazgo cultural, prolongado por caminos internacionales.

Germán Vargas era ejemplo de esa hermandad. Por épocas vivió en Bogotá y nos contagió de su euforia costeña y de su capacidad como hombre de letras en todo el sentido de la palabra. Dominaba la letra rápida de un diario así como la letra reposada de un libro o la letra hecha voz en su garganta culta y pausada.

### El lector

Hará mucha falta Germán Vargas allá en sus playas costeñas, aquí en la Sabana lluviosa y en todos los rincones, bibliotecas y auditorios a donde había llegado con su estampa de profesor de literatura que nunca abandonó cierta sonrisa de picardía.

Sitio especial deberá ocupar su obra, tan copiosa como dispersa. Tenía fama Germán de ser un lector tan completo, que debió leer todo lo que en este mundo merecía leerse. Y en la misma forma escribía con profusión pero sin preocuparse por legar lo escrito. Miles de páginas de periódico, de grabaciones radiales, de transcripciones de foros, esperan quién las ordene y compendie.

Hará gran falta entre su familia y sus amigos, pero por fortuna deja en su esposa Sussie, y en sus hijos, que han ascendido a alturas que lo llenaron de satisfacciones, una prolongación de su personalidad y de aquella hermandad que surgió y se extendió desde un luminoso faro barranquillero.

Coletilla.— *Sigue el lento e implacable desfile final de lo mejor de nuestra gente.*

JOSÉ SALGAR

(Tomado de: El Espectador (Bogotá), mayo 23 de 1991, pág. 3A).



## GERMÁN VARGAS

A continuación reproducimos las palabras que escribió y leyó su grande amigo, el periodista e intelectual Alfonso Fuenmayor, durante el homenaje que la Emisora HJCK, de Bogotá, dirigida por Alvaro Castaño Castillo, le hizo al inolvidable Germán Vargas, recientemente fallecido.

Germán Vargas, cuya muerte tantos deploramos en estos días, alcanzó una importancia a la que le dan valor

perdurable sus escritos en el campo de la investigación, de la divulgación, del enjuiciamiento de nuestra literatura.

A todos asombraba la capacidad de concentración de que estaba dotado, la disposición de su mente para sumergirse, como en una especie de ensimismamiento, en la lectura y, para de este modo, quedar aislado transitoriamente del mundo, de las cosas que lo rodeaban y a las que estaba, sin embargo, hondamente vinculado. Fue un gran lector que atravesaba sin fatiga hasta los más inhóspitos desiertos que, en forma de libro, pueblan las bibliotecas.

De pronto, en algún momento de los días que eslabonaron su existencia, sentado en aquella mecedora en la que vivió apasionantes aventuras que siguen zarandeando a los hombres desde los tiempos de Homero, apartaba su vista del libro que había estado bajo su mirada, se quitaba los anteojos y, como en un rito, se estragaba suavemente los párpados, diríase que un poco a poco, se reincorporaba al mundo del que había estado ausente, separado. Tranquilamente habían transcurrido cuatro, cinco, seis horas de lectura. Como si nada.

Albert Thibaudet distingue dos clases de lectores: el "lecteur" y el "liseur", que en castellano, como quien dice, el "lector" y el "leído". Germán Vargas era una y otra cosa y en señalar las diferencias entre una y otra que quizá sean obvias, no voy, por ahora, a detenerme.

Estos días, muchos, para referirse a él, a Germán Vargas, hablan del lector "voraz" que había sido. Con esta expresión que lo señalaba como un "devorador de libros" se quería hacerle un elogio. No, no es feliz, no es apropiada la citada expresión. Germán, por supuesto que sí, era un lector permanente, un lector infatigable, pero era un lector que degustaba los autores cuyas obras desentrañaba, que se deleitaba con los matices de las frases, que las pensaba, que las meditaba, ya para aprobarlas, ya para rechazarlas, ya, simplemente para pasarlas por alto, para ignorarlas. No, Germán Vargas no era un maniático engullidor de libros.

Germán Vargas fue un crítico de rara perspicacia, un genealogista de



la novela y del cuento y de estos atributos a los que acompañan otros de sutiles manifestaciones surgen su preciosa contribución para mejor entender y disfrutar, si es el caso, las obras de los creadores literarios.

Ahora Germán Vargas ha muerto y todos nos preguntamos qué vamos a ser sin él. Ahora que él no está ya más con nosotros, ¿a quién acudirá el poeta nuevo y anhelante para mostrarle con humildad sus versos? ¿a qué puertas llamará el novelista que se inicia y que a él, a Germán, le habría llevado su manuscrito en busca de un consejo?

Y el pintor con sus trazos, con su urdimbre de forma y color, ¿hacia dónde encaminará sus pasos en busca de orientación? Porque Germán Vargas, sin proponérselo, se había convertido en un mentor y ejercía con una bondad en la que nunca se puso el sol y en la que nunca estuvo ausente la ironía ni el buen humor, era un consejero sin arrugas en la frente porque él disfrutó de las no desmentidas virtudes desarrugadoras de ese buen humor que suele distinguir al hombre sabio de quien no lo es.

Fue, por supuesto, un periodista completo que ennobleció esta noble profesión y que supo cubrir con decoro y con talentos todos los niveles del oficio, desde la crónica roja hasta la adustez del editorialista.

Encerrar, envasar en unas cuantas palabras cuanto abarcaron los setenta y dos años que miden, en el tiempo, su vida ejemplar, no es posible y sería necio intentarlo. A esta tarea hay que renunciar de antemano.

Y del amigo que ya dejó de estar a nuestro lado, ¿qué decir? ¿qué vamos a